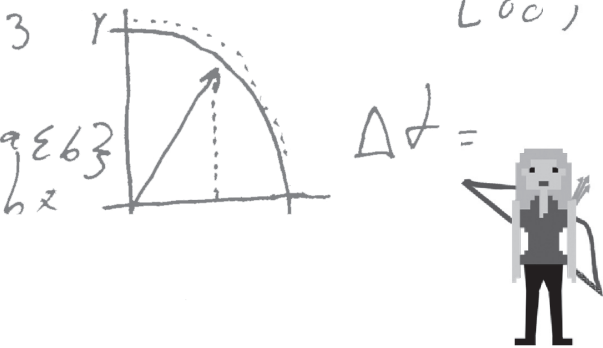


$h = 3y^2$
 $S_3 = \begin{bmatrix} 100 \\ 101 \\ 001 \end{bmatrix}$
 $\Delta d =$
 $(x^2 - 6)$
 $(x - 4)x$
 $h = 3y^2$
 $h = 3y^2$
 $h = 3y^2$
 $\frac{8x \pm \sqrt{2}}{4}$



Ana

MIRO MI RELOJ. SON LAS TRES PASADAS. PERFECTO. SI LOGRO terminar las cosas en la biblioteca en menos de diez minutos, tendré tiempo para mi práctica de arquería.

Sé que es mi culpa por no haberme ocupado de esto antes de la escuela. Pero mi hermano, Clayton, me pidió que le haga su tarea de Matemáticas, y luego la señora Brinkham me detuvo para hablar sobre el Torneo de Preguntas y Respuestas. No podía decirle que no a *ella*, ya que necesitaré que escriba una carta de referencia para una beca a finales de este mes. Y luego estuvo el almuerzo, un desastre total porque...

Tic, toc, tic, toc.

No hay nadie esperando en el mostrador de la biblioteca. Perfecto. La señora Newbold, la bibliotecaria, sonrío cuando me ve.

-¡Ana! Me enteré de que saliste primera en...

–¿Tiene los libros que reservé? –interrumpir a una persona es grosero, pero me temo que si no voy al *quid* de la cuestión, me tendrá aquí hablando durante veinte minutos.

La bibliotecaria parpadea y luego se dirige rápidamente a buscar el material que solicité. Vuelvo a mirar la hora. Todo va según lo planeado...

–¡*Achtung!* –grita alguien detrás de mí, provocando que casi salte sobre el mostrador.

En una de las mesas en medio de la sala hay unos chicos con lo que parece ser un juego de mesa. Ya he visto por aquí a ese grupo de molestos. Pensé en quejarme, pero no tenía sentido. Luego de la escuela, el lugar siempre está vacío, así que supongo que a los bibliotecarios les agrada tener compañía.

El teléfono que está sobre el mostrador suena. Justo lo que necesito. La señora Newbold atiende, con mis libros llamándome tentadoramente desde su otro brazo. Comienzo a dar golpecitos con el pie contra el suelo, frustrada; luego doy media vuelta y lanzo una mirada fulminante al grupo de jóvenes, cuando uno de ellos empieza gritar órdenes en un acento alemán tan forzado que da pena.

Es un chico alto, delgado y pálido, con una camiseta que dice: NUNCA CONFÍES EN UN GM¹ sonriente. Me perturba ver que lleva puesto un casco prusiano con punta. En realidad, todos los que están en esa mesa llevan algo extraño en la cabeza: gorros rusos, turbantes y bombines. Estoy tan intrigada que echo un vistazo a su juego: un mapa de Europa cubierto con soldaditos y cañones de plástico.

Chicos. Siempre jugando a la guerra.

La bibliotecaria cuelga el teléfono y me entrega los libros.

1. N. del T.: GM es la persona que administra los servidores de juegos on-line.

Los sujeto sin decir palabra. Llegaré a la práctica con algunos minutos de sobra. De todas maneras, no es que al entrenador le importe si alguien llega tarde, pero ese no es mi problema.

Después de la práctica tendré tiempo suficiente para cambiarme antes de la cena, y luego podré comenzar con mi proyecto de Historia, pero antes...

–¡Herr Fräulein! ¡Bitte komen ober here, mach schnell!

Es el chico con el casco prusiano de nuevo. Se encuentra con un pie sobre una silla, mirándome sonriente. El casco es, al menos, una talla más grande, por lo que sus ojos quedan perdidos en la sombra. Todo lo que llego a divisar es una nariz larga y angosta y una sonrisa despreocupada.

Lo conozco. Siempre está por aquí, en el comedor o en la cafetería con su grupo de tontos, jugando a algo.

–¿Qué quieres? –pregunto molesta. El tiempo corre.

Su sonrisa se ensancha. Es el tipo de sonrisa de un chico que no tiene ningún lugar a donde ir ni nada que hacer. La sonrisa de alguien que malgasta todo su tiempo.

Endereza su casco, dejando ver sus ojos color café y su cabello desgreñado. Se dejó las patillas desaliñadas y una barba incipiente, probablemente para aparentar más edad. Alguien le debería decir que se afeite –se vería mucho mejor–. En realidad, también le deberían decir que se corte el cabello, que se compre una camiseta que no se le rasgue en la axila y que no use un casco que lo haga verse como un paciente de un manicomio de Berlín.

Ahora infla el pecho hacia afuera, lo que lo hace ver incluso más ridículamente seguro de sí mismo.

–¿Cómo te gustaría ayudar a determinar el futuro de la Europa de 1914? ¿Defendiendo el punto más débil?



Sus comentarios son totalmente absurdos. Dirijo mi mirada a sus compañeros, esperando que alguien me explique de qué habla. O al menos que lo calle.

–Lo que él quiere decir, *ma chérie*, es que nos hace falta un jugador. ¿Quieres ser Italia? –me explica un chico con sobrepeso, que lleva una gorra militar francesa.

Giro hacia el káiser junior para decirle que ni en sus sueños, pero noto que su sonrisa titubea; su mirada ligeramente nerviosa, ilusionada. No vale la pena avergonzarlo delante de los otros comandantes en jefe.

Suspiro.

–Escucha... ¿cómo te llamas?

Instantáneamente, su actitud arrogante regresa.

–Me dicen Duke.

Observo la carpeta, junto al juego, que dice: ZAK DUQUETTE.

–Oye, Zak. Emocionada como estoy porque me has guardado un país que claramente está vulnerable en sus cuatro frentes, debo decirte que tengo que irme.

Intenta pasar su mano afablemente por su cabello, pero el movimiento casi provoca que su casco caiga otra vez sobre sus ojos.

–Bueno, nos reunimos aquí todos los martes.

–Quizás en otra ocasión.

Termino la conversación y abandono la biblioteca. Voy a llegar tarde.

Por un momento, me pregunto cómo sería ser alguien como Zak. No es que quiera perder el tiempo con un juego como ese pero, cada tanto, sería agradable hacer algo que realmente desee hacer. Como tener amigos con los que pueda salir porque me divierte, no porque tenemos una reunión estudiantil o porque tenemos que

trabajar en un proyecto para la escuela. O no tener que dar cuentas a mis padres por cada segundo que no me encuentro en mi casa o en clases.

Mi hermana, Nichole, solía hacer todo eso.

Pero ya no tengo hermana.